

CRÓNICA *de la parroquia*

TABACUNDO



Cronistas de la parroquia:

Alexis Morillo, Ángela Cabascango, Byron Zambrano, Cristopher Córdor, Daniela Navas, Francisco Mármol, Gonzalo Espinosa, Jael Alcoser, Karina Vaca, Mishell Andrango, Omar Yandún, Oswaldo Mantilla, Rubí Gallo, Samanta Reyes, Sheyla Chuquín, Tamara Bazán y Victoria Cargua.

Equipo gestor:

Juan Carlos Cabezas y Pablo Salgado.

Diciembre de 2022

RESUMEN

Esta crónica es un homenaje a la minga como la gran fuerza productiva de Tabacundo —que ha permitido traer el progreso—, así como a ciertos personajes inolvidables sin cuyo aporte no se habría podido levantar esta cabecera cantonal.

Palabras clave: Minga, historia, organización social.

La minga: una parte del alma de Tabacundo

Cuando el bello animal de la memoria despierta, se produce inmediatamente un rumor. Es octubre y su luz invernal al fin nos ilumina, después de varios días de aguacero. Estamos aquí para narrar y escribir historias de Tabacundo. Se escuchan ya las primeras leyendas entre recuerdos de noches oscurísimas a la luz de las velas, como de niños y niñas de ojos bien abiertos imaginando el más mínimo detalle de los relatos que padres y abuelos deshojan.

La leyenda del Cerro Negro de Mojanda cuenta cuando la Madre del Rosario ascendió para extender su manto protector a todos los fieles que la han nombrado la gran señora de la región. A pocos pasos está “la piedra del diablo”. En un pesado bloque granítico, habría quedado grabado el cuerpo de Luzbel al llegar a la tierra tras ser desterrado de los cielos.

Emerge también un sonido muy conocido, “un talán-talán” sigiloso en referencia a “La Campana de Mojanda”. Siglos atrás, en una época perdida en la niebla de los años, unos trabajadores, camino a Otavalo, dejaron caer una gigantesca campana de bronce en plena laguna. A pesar de los esfuerzos nunca la recuperaron. Desde entonces, en las madrugadas de lluvia fina como alfileres, en el fondo oscurísimo de la laguna, aflora un inconfundible llamado a misa. Algunos viajeros se persignan, otros hasta se arrodillan, pero todos lo escuchan. Y mientras lo hacen, Dios los contempla semioculto entre las nubes.

Para hablar de Tabacundo es indispensable referirse al templo de la Virgen de Mama Nati. Data de 1887, año en que Pedro Mantilla y su esposa Dolores Vinuesa de Terán donaron un pedazo de terreno de 82 varas de longitud para edificar la obra.

El Santuario se terminó después de 22 años. Para construir la iglesia se levantó, además, un horno para la cocción de ladrillos. A la par, se fundían losas y las mujeres cargaban excremento de vaca para los recubrimientos de paredes y tapiales. Templos anteriores ya habían sido destruidos por los terremotos de 1859 y 1868, por lo que la población puso toda su fe en este sueño, hasta que llegó un año fatídico: 1987.

Iglesia "Templo de Mama Nati"



Fundación Prospecta. Vista posterior de la iglesia "Templo de Mama Nati".
Tabacundo, Pedro Moncayo, Ecuador, 2022.

Las torres, las cúpulas y los tumbados de las naves del templo de Mama Nati registraron daños, al igual que una parte del retablo del Señor de La Justicia, frente al cuadro

del Purgatorio. Entonces y, cuando todo parecía perdido, apareció una mano colectiva poderosa y milagrosa: la minga.

Los tabacundeños picaron piedra tras piedra, cargaron arena y agua desde puntos distantes como Cananvalle o Aloguincho. El trabajo colectivo permitió recuperar el santuario y el barrio de La Playita, el más afectado por el fenómeno sísmico.

Iglesia "Templo de Mama Nati"



Fundación Prospecta. Fachada principal de la iglesia "Templo de Mama Nati".
Tabacundo, Pedro Moncayo, Ecuador, 2022.

Las mingas convocadas fueron lideradas por mujeres, ya que muchos hombres trabajaban en otras ciudades y no podían sumarse entre semana. Ellas derrumbaron paredes y techos de teja mientras en grandes ollas a leña se cocinaba

el arroz, el fréjol, la lenteja, o cualquier otro grano fruto de las donaciones.

“Aquí no puede faltar una referencia a un personaje que a diario caminaba por las calles de la parroquia: el Negro Subía”. “¿El Negro Subía?”, repite alguien. De pronto se hace un silencio en el que el recuerdo irrumpe para regresar a la vida este personaje.

“Mellllllcochitas suaaaaavecitas, pura mantequilla.... melllllllcochitas suaaaaavecitas, pida la melcocha”, así pregonaba “El Negro Subía”. Su dulce producto era blanco como las nieves del Cayambe. Su voz impactaba dentro y fuera de las viviendas. Apenas retumbaba su llamado, se abrían cortinas y picaportes, hasta que aparecían niños y niñas moviendo monedas y exigiendo una porción de la delicia.

El pegajoso corazón de aquella melcocha resultó vital en otro de los empeños de esta cabecera cantonal: la carretera a Quito. El Negro participó junto a toda la colectividad regalando a diestra y siniestra su dulzura, en especial a quienes levantaban picos, hundían palas o batían escobas y azadones.

La construcción del tramo de la carretera entre Tabacundo y Guayllabamba por la zona del río Pisque maltrató durante muchos años espaldas y hombros, pero dicho esfuerzo no fue en vano, pues los mingueros abrieron camino a los primeros buses de cooperativa; de esa forma, se redujo el tiempo de traslado a Quito.

Eso sí, el primer camino era tan estrecho que, si se encontraban dos unidades en sentido contrario, una debía dar marcha atrás para que la siguiente pudiera avanzar. En los años 70, el camino fue despejado. Por esa ruta habían transitado Atahualpa, Marianita de Jesús y los ejércitos de Bolívar y Sucre durante la gesta libertaria. Fue un gran paso en la vida de la comunidad.

No hay que olvidar tampoco a Don Zenón Mantilla, hombre de poncho y alpargata. Don Zenón, acompañado de su infaltable tambor, recorría las calles de Tabacundo desde las cuatro de la mañana cuando había jornada de minga. Sin

él, muchos hombres y mujeres, nunca habrían dejado las sábanas calientes. Como decían en su momento: “nunca ha existido ni existirá un mejor despertador”. Gracias a él, entre otros, se reunieron más de tres mil brazos para coronar las alturas como cuenta José A. Jaramillo en la revista del Cincuentenario del cantón Pedro Moncayo de 1962.

No fue la única ocasión. En los años 20, otra minga congregó a más de cinco mil personas para elaborar un canal de riego. En 1902, el trabajo colectivo se enfrentó a una de las pruebas más difíciles, una dura y áspera contingencia. No llovió durante meses en Tabacundo. Buscando soluciones, las autoridades organizaron una expedición que detectó zonas de deshielo en las alturas. A partir de ese descubrimiento, se encauzaron las aguas de los ríos Yangorrial y San Pedro. Hombres, mujeres, adultos y niños abrieron la tierra y picaron la cangahua, limpiaron la maleza, cargaron viandas, agua, chicha y tostado con el objetivo de que el canal de riego de 132 kilómetros llegara hasta La Esperanza. Hubo que superar montañas, quebradas y ríos hasta que, en 1928, por fin, se pudo irrigar las parcelas sembradas de granos y hortalizas. Actualmente, los mingueros todavía siembran trigo, papas y maíz. Su esfuerzo mantiene la vida en esta comunidad. Sin la minga, abuelos y abuelas no habrían tenido una razón para disfrutar a fondo los bailes tradicionales en los “San Pedros” con un buen “guarango” en la mano.

La minga es la clave para que los tabacundeños expresen el amor por su territorio. Una canción a coro siembra la tierra y erige obras monumentales como templos, carreteras y viviendas.

Una página de la historia de esta ciudad está escrita en colectivo. Como los relatos y los conocimientos ancestrales sobre la estrecha relación que los antepasados tenían con la naturaleza. En la zona se usa el eucalipto para aliviar fiebres, asma y resfriados; la chilca, que es como magia en manos de los fregadores; el chinchín, más conocido como guanto, excelente para mejorar las dolencias neurálgicas y curar las heridas.

La ortiga, el sauco, la lengua de vaca, la cuscuta, el paico, que crecen en el campo abierto, tienen tantas propiedades medicinales que aún se las siguen estudiando.

El “cabuyo negro” o llamado también “agave andino”, es la planta del lugar. De ella se obtiene el “chawarmisqui”, una bebida que se usa para curar enfermedades respiratorias, fortalecer huesos, cerrar heridas y curar inflamaciones. La savia de sus raíces se utiliza como champú, mientras que la punta sirve de aguja para coser.

El “sunfo” es ideal para los dolores de estómago, los extranjeros conocen muy bien sus efectos analgésicos apenas sienten la altura y el frío en alguna excursión.

Muchas historias permanecen en la memoria y se transmiten a las nuevas generaciones en sus fiestas y celebraciones. En las investigaciones y en el aporte de hombres de letras, de científicos, de maestros que rememoran los juegos populares, los trompos, el Museo de la Raíz y tantos otros temas grabados a fuego en el alma de los habitantes de Tabacundo, una ciudad donde la memoria vence rotundamente al olvido.

Cronistas Participantes

Alexis Morillo: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Ángela Cabascango: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Byron Zambrano: Diseñador gráfico, fotógrafo y gestor cultural.

Cristopher Cóndor: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Daniela Navas: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Francisco Mármol: Gestor cultural de la Red Cultural de Pedro Moncayo.

Gonzalo Espinosa: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Jael Alcoser: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Karina Vaca: Comunicadora social y gestora cultural.

Mishell Andrango: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Omar Yandún: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Oswaldo Mantilla: Periodista y escritor.

Rubí Gallo: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Samanta Reyes: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Sheyla Chuquín: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Tamara Bazán: Estudiante de tercero de bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Victoria Cargua: Docente de la Unidad Educativa del Milenio Cochasquí.

Referencias

Los productos obtenidos en los talleres en Tabacundo fueron realizados en base al trabajo investigativo de los estudiantes, que tuvieron lugar en el espacio cotidiano de sus familias y vecinos; y gracias a los conocimientos previos de los gestores culturales.

Jaramillo, José A. (1962). *Cincuentenario del cantón Pedro Moncayo*.